

# **UN BALCÓN EN EMBAJADORES.**

**Por: Carmen Mangué Saint Omer**

## Isabella

Dicen que las casas tienen su propia energía o su espíritu. Algo que les hace aterradoras, estresantes, deprimentes y algunas veces alegres. Pero otras veces solo son lugares donde esconderse cuando tu vida da un giro de 190 grados al infierno. Entonces, te acurrucas dentro de ellas como un oso en su madriguera. Esperando a que llegue el verano. Que puede tardar dos, tres años o más depende de la profundidad en la que hayas enterado tu alma. Porque no tienes la suerte del oso. Que sabe qué con el nacimiento del primer tallo, la calidez del primer rayo primaveral, saldrá de su letargo invernal, para retomar de nuevo la vida que dejó adormecida.

En mi caso hicieron falta dos años, para que finalmente llegará el despertar. Este me llevaría Nueva York, una ciudad que me llenaría de energía para mi vuelta Madrid, donde alquilaría una habitación en la calle Pez en pleno barrio de Malasaña.

La casa es fría y algo desordenada. Poco quedaba de su señorial aspecto de antaño. Pero a mí me sirve para comenzar de nuevo, fresca y algo asustada. Apenas me queda dinero para comer. Las cuatro noches en la residencia de estudiantes, en la que me alojé a la espera de encontrar casa, han acabado con mis ahorros. Apenas me quedan 20€ para pasar el mes. Espero encontrar pronto un trabajo. Estoy aterrada, pero mantengo la calma ante los amigos. Espero que todo se solucione y pueda sentarme el día seis en la facultad de derecho.

Comenzaba a pensar que quizás yo no era tan organizada como pensaba. No era fácil encontrar una casa y trabajo en tres días. Aunque tenía que hacerlo para evitar que todo mi dinero desapareciera en aquella habitación de la residencia. Cuyas ventajas eran disponer de Internet, y estar en el barrio de Chueca, más céntrico en Madrid no se podía estar. Lo que era ideal para mí búsqueda excepto por el tiempo y el dinero, ambos a punto de finalizar.

Por fin, allí estaba en la calle Pez, en un cuarto mísero, frío pero limpio. Ahora tenía que encontrar a alguien quien le gustara mi currículum. O caerle en gracia a cualquiera de los inquisidores, perdoné entrevistadores que pululaban por recursos humanos. Si además le añadía que estábamos en crisis y la cola del paro crece más que las moscas en un estercolero. Como dice mi amigo Ángel “la ocasión la pintan calva”. En previsión de que quizás acabé solicitando un puesto permanente de comidas en caritas, me pongo a repartir panfletos por la ciudad anunciando mis habilidades: dar clases de inglés, informática, trenzar. A la espera de obtener algo de dinero para la comida. Sí, como ven ustedes la situación en el número veinte de la calle Pez no es precisamente esperanzadora.

—Isabella miró a alrededor, y observó aquella habitación fría y desangelada, con muebles pasados moda, su color marrón desgastado, su acabado tosco y sin gracia. Todo aquello no hacían más que destacar la decadencia que había asolado aquella casa

convertida en hostal. Cuya dueña con buena fe sé imagino, se pasaba el día vigilando el lugar ya sus ocupantes. Enumerándoles las numerosas reglas que para ella eran la biblia en verso, para salvaguardar la integridad física y moral del lugar.

“No admito hombres en mi casa, ni amigas fuera de horario” que para ella era más tarde las seis de la tarde.

“Los grifos se dejan a un lado de la pica de fregar, hay que poner palanganas debajo de la ropa tendida porque el terrazo de las baldosas” que ella se empeñaba en pitar de un rojo impermeable propio de un “Macdonal”. acababa descascarillándose por el goteo del agua.

—Claro que se olvidaba de forma intencionada de la carencia de una lavadora en la casa. Así que tenía hacer la colada en la bañera mientras me duchaba o en una palangana. Qué por mucho empeño que yo le pusiera no había forma humana de que la ropa perdiera toda su agua antes de tenderla.

“Me pregunté, si cuando lloviera saldría con la fregona bajo la lluvia para secar de forma inmediata el agua y así conseguir que su terraza permaneciera impoluta” Me la imaginé corriendo enloquecida de un lado a otro con el mocho en la mano a la caza de las gotas de lluvia que no dejaban de caer a borbotones. ¿Quién sabe si con tanto empeño lo logrará? “El ser humano es asombroso” Eso por lo menos dice la revista muy interesante y ellos saben de lo qué hablan.

Mientras escribo esto, repaso las zonas adecuadas para poner mis anuncios.

Déjenme explicarles primero como se divide el barrio, no conozco todos los lugares, pero al menos les llevare por las calles en las que paseo todos los días con mis folletos en la mano y una bobina de celo.

Como ya les comenté anteriormente, vivo en la calle pez que está situada dentro del barrio de Malasaña. Desde mi ventana veo un pequeño supermercado, situado en la esquina de mi edificio. Es bastante caro, yo no le llamaría de los de toda la vida. Más bien supermercados para turistas de buen bolsillo. Pero claro, esto es tan solo la apreciación de alguien que ha pasado a engrosar la cola del paro.

Al salir de mi portal y subiendo la calle pez esta la Corredera Baja y la Corredera Alta. Esa es la zona donde se ponen las putas. Desde que amanece hasta que se pone el sol, perversos de todas las clases, edades y colores pululan por el lugar como buitres acechando los restos de un cadáver. Ahora están intentando rehabilitar la zona con tiendas de moda y algún que otro teatro necesitado de una reforma inmediata. Tiendas a todo cien donde los chinos hacen su agosto sin importar la temporada que sea.

Pero, dejemos que la gente se gane la vida como quiera y sigamos con el barrio. Es verdad el dicho de “en el reino de los ciegos el tuerto es el rey”

Sí, porque desde que alguien descubrió la palabra vintage, en esta parte de la ciudad todo lleva dicho nombre. Este es como una pócima mágica. Puedes vender una estola roída por las ratas y hasta las bragas de tu difunta abuela, solo con añadirle la palabra “vintage”

Antes de adentrarnos más hacia las profundidades de mi vida. Les daré un paseo poético por la plaza luna, un lugar emblemático donde las prostitutas de más categoría, diría yo conviven con los borrachos, mendigos y algún que otro estudiante perdido cuya cara de emoción por descubrir semejantes personajes a tan solo dos paradas de metro de su casa le eleva a la categoría de héroe.

Hoy hace buen día para ser finales de octubre, camino por las calles parándome a cada instante para pegar uno de los folletos en los que anuncio mis habilidades. No estoy convencida de que me llamen, pero tengo que intentarlo.

Me paro ante lo que fueron antaño los cines luna. Rememoro las veces que he visto películas en versión originan en sus salas ahora sin duda polvorientas y llenas de humedad. El lugar ha perdido su humanidad del pasado. Ni siquiera los perros perdonan el lugar. A los corroídos carteles, llenos de moho, se añade el olor inconfundible de las meadas de los canes. Que nutren de miseria a la ya desgastada estructura del edificio. El ruido de las palomitas ha desaparecido del lugar. Las risas y el caminar ajetreado he emocionado de las personas se perdió entre las descargas de la red, dejando vacío el lugar de aquello que le daba vida. Sí, el ruido de las palomitas había desaparecido como las últimas monedas en mi bolsillo. Apenas me quedaban cuatro euros para pasar el mes. Estoy en la cuerda floja. En mi vida había habido muchos momentos como este, pero siempre sabía que vendría dinero de alguna parte, pero esta vez no existía ni la mínima esperanza. Mi comida dependía de que alguien contestara a alguno de mis anuncios y en última estancia hacer guardia a las siete de la mañana en la puerta de la iglesia de la calle Corredera Baja. Los amigos empezaban apreciar mi delgadez, y yo les respondía que siempre he estado delga. O que aquellos pantalones de pitillo me estilizaban más la figura como un espejo de “zara”. No tenía ni idea de cuánto tiempo podría seguir mantenido la mentira. Yo nunca había sido persona de pedir favores, me costaba horrores, ese no era mi estilo “yo me había metido en aquel lío y yo tenía que salir de él. Sí era necesario, vendería mi ordenador, pero primero caería la cámara y mi iPod touch” Pensé. Luego recordé que en una tienda llamada “prestamitos” mejor dicho los chupa sangre. Habían querido darme 30 euros por este último. Lo cual sería justo si no fuera porque era nuevo y su precio real en el mercado era de 200 euros. Que usureros me dije en voz alta. Los muy cabrones se harán ricos a costa de la desesperación de otros. Si es que siempre ha habido sanguijuelas. “Vallan, vallan, a la calle del carmen para que les saquen la poca sangre y la dignidad que les queda” Deberían anunciar en sus carteles, si fueran honestos.

“Me preguntaba si mandarían a alguien a partirte las piernas si el objeto empeñado no funcionaba adecuadamente. Seguro que tienen preparados unos sicarios, para dejarte en una silla de ruedas en el caso de no pagues las deudas. Rusos o colombianos que es lo que, se estila. En estos tiempos, hay moda para todo, hasta para los matones”

Solo pensar en esto, se me helo la sangre. Tenía que encontrar un trabajo a toda costa, no quería ser pobre, negra y encima con las piernas rotas. Y que me llevaran de un lado a otro en una furgoneta, pidiendo limosna para la mafia. Este panorama me puso aún más nerviosa y paranoica.

No entendía porque tenía esos pensamientos, quizás fuera por caminar por aquellas calles llena de escoria humana, perdedores y demás desheredados de la tierra, de los que yo podía pasar a formar parte si no encontraba una solución llamada trabajo.

De vuelta a casa, pienso en que no tengo ni para pagar la cutre habitación en la que me escondo lamentándome de mi miserable vida.

Me siento en la cama y enciendo el ordenador. Es triste pienso “pero si no fuera por este aparato, la sensación de soledad sería total.”

Con la esperanza de que mi madre me eche una mano al final del mes, dejo que mi cansado cuerpo caiga sobre la misma cama que me está dejando la espalda hecha polvo. “resignación” Nunca, me digo mientras repito: soy la arréglalo todo, esto también lo puedo arreglar. Solo necesito tiempo. El sueño llega a mi como un puñetazo de Mike Tyson, noqueándome sin aviso. Y en brazos de Morfeo, comienzo a pasear por los recuerdos de cómo empezó mi aventura hasta llegar esta habitación destartalada.

Camino en sueños, como los indios seminolas solían hacer para ponerse en contacto con sus antepasados. Invocándolos para caminar sobre la tierra de nuevo. Y como ellos

descubro el alma de las cosas, los árboles, los animales, los insectos y las personas que ya no están en este mundo, pero que nos esperan pacientes en el otro lado. Tal vez para contarnos alguna historia que dejaron en el tintero, o recordarnos una deuda ya olvidada.

Pero para mi sorpresa no solo descubro el alma de los seres que están en la naturaleza, me doy cuenta de que los que viven en la ciudad me reclaman que les preste atención, incluso aquellos que su espíritu les ha abandonado convirtiendo sus cuerpos en cáscara vacías. Enumero cada uno de los entes que reclaman mi compasión y mi atención. Los perros, los niños, los ancianos, padres, madres, putas, las mujeres, drogadictos. Por fin me propongo descansar, he hecho la paz con todos los que me lo pidieron. Pero ante mí se eleva un gran edificio y él una mujer joven que me llama. No quiero ir estoy cansada, solo deseo cerrar los ojos y dormir. Pero ella insiste con fuerza, se abalanza sobre mí tirando de mi brazo hasta ponerme a su lado. Al mirarla siento terror, es mi misma imagen, pero le falta los ojos. En realidad, no es que no estén allí, sino que los tiene cerrados, moviéndose bajo la piel que los recubre. Llego a la conclusión de que nunca han estado abiertos. Acerca sus labios a mi oído y me dice:

—Mira lo que no puedes ver e ignora aquello que lo que puedes ver.

Me señala una larga terraza y en ella aparece una nueva mujer, esta subida en la barandilla mirando hacia abajo. Cuando se tira de ella, grito de terror y me aparto de mi otro yo. Quiero despertar, pero no puedo, tampoco puedo entender lo que ella quiere de mí. Entonces sin mover los labios deja escapar una frase —Encuentra tu dolor — Mientras señala la casa.

Entonces comienzo a comprender, yo también soy una cáscara, he abandonado mi alma junto al dolor en aquella casa en la que viví con mi marido. Esa casa donde también mi cuerpo, mi mente, mis ilusiones, planes se quedaron encerrados junto al cuerpo sin vida de mi esposo. Y caigo en la cuenta de que he mencionado a todos los seres, pero he olvidado donde estos habitan. Porque cada vez que ocupamos un sitio, todas nuestras penas y alegrías pasan a formar parte de ese lugar.

—A la mañana siguiente todo seguía igual para Isabella. Salvo que ahora tenía una historia que contar y algo que recuperar. Su dolor y por consiguiente la vida que había decidido no vivir. Lo que ella no sabía es que estaba a punto de encontrar de nuevo su alma en una casa situada en la calle Embajadores número cuarenta y seis. En cuya terraza, reescribirá su historia junto a otras mujeres bajo el cielo de Madrid.

## Ana

—¿Ya os mudáis? —Le pregunta Ana a Isabella.

—Si por fin, la casa era muy vieja — responde ella.

—¿Pero al final te vas de Madrid? —dice Ana curiosa.

—Si me voy a Los Ángeles —responde Isabella, algo triste y desilusionada.

Ana mira a la muchacha, mientras piensa “No parece que esté muy contenta con la mudanza. Más bien decepcionada. Desde que se mudó al edificio y de eso hace un año nunca la he visto sonreír de forma desenfadada” Se recuerda a sí misma, mientras acaricia el cabello de su hijo y este esboza una amplia sonrisa, que la llena de júbilo. Por un instante se siente, despiadada, por disfrutar de tanta felicidad cuando su vecina, vive por un momento tan duro.

Ella tiene 35 años y nunca ha perdido a nadie de su familia ni siquiera una mascota. No sabe que decir, ni que hacer cada vez que se topa con la mirada triste de Isabella. Siempre había pensado que las mujeres negras, porque su vecina lo era, no sentían el dolor como las blancas. Se había pasado media vida viendo los documentales sobre África. Donde las guerras y el hambre eran lo normal. Así que por ignorancia o desidia había llegado a la simple conclusión de que las mujeres africanas tenían el corazón a prueba de balas. ¿Que era la muerte de un marido o un hijo? Cuando el pan nuestro de cada día eran los machetazos, violaciones y asesinatos en masa.

Ahora, se avergonzaba de haber sido tan ilusa, e ignorante.

Pero como podía saber ella lo que sentía una persona negra. Hasta que Isabella llegó a su vida con su tez negra, su sonrisa de marfil, su preciosa melena rizada y su forma perfecta de hablar español, nunca había tenido a una persona de raza negra cerca.

Aunque sus familiares y amigos les llamaran alternativos, por vivir en embajadores y trabajar en la zona de Lavapiés donde había una gran mezcla de razas. Eso no significaba que tuvieran amigos negros.

—Sí, no digo que no me cruzará con ellos por la calle o mi trabajo. Pero era una relación desigual. Ellos venían porque necesitaban algo y yo estaba allí para darles un servicio: conseguirles, una casa, trabajo, o una ayuda económica. Aquella no era una relación, solo era una forma sentirnos mejores con nosotros mismos. Así no teníamos que ver realmente la situación de desigualdad, racismo, y el trato vejatorio que recibían muchos de ellos en nuestras calles. Sobre todo, a las mujeres a las que se les tachaban de prostitutas solo por el hecho de ser negras.

Así que allí estaba yo intentando no exteriorizar mi culpabilidad, por haber sido una estúpida ignorante y creer que yo la estaba haciendo un favor. Cuando en realidad era ella, la que me enseñaba que el dolor de la pérdida era igual para todos. Porque la muerte nos llega a todos y no discrimina.

No sé si por culpabilidad o porque Isabella, siempre era dulce y amable con nuestro hijo, que apenas tenía un año cuando ella llegó a nuestras vidas. Al instante la cogimos cariño. En cuanto a nuestro pequeño la quiso enseguida, porque cuando la veía aparecer esbozaba una amplia sonrisa y le tendía los brazos para que le cogiera. Entonces ella se limitaba a hacer un gesto de agradecimiento hacía nosotros y el niño, luego apartaba la mirada como quien no quiere que la vean llorar y suspiraba profundamente lo que llenaba mi corazón de congoja. Después se giraba sonriendo. Pero yo sabía que la procesión iba por dentro. Y sin embargo no podía hacer nada por aquella mujer que solo me llevaba dos años. A parte de pensar en lo cruel que era el destino. Porque yo podía haber estado en la misma situación, sin embargo, la mayoría de las cosas me había salido bien. La casa en la que vivía era de mis padres, el trabajo lo había encontrado en mi último curso en la facultad.

Ni siquiera tuve que patear la calle o rellenar webs de trabajo como algunos de mis compañeros.

Me había casado con mi compañero de facultad, teníamos un niño precioso y una vida que nos encantaba. Sí, había ganado la lotería, sin haber echado un boleto. Me preguntaba que hubiese sido de mí, si hubiera nacido con todo en contra. Y para colmo de males, la poca suerte que creía que podía salvarmi alma de la quema, desapareciera llevada por el huracán de la vida.

Sí, yo era afortunada, pero esa fortuna no tenía nada que ver con haber nacido blanca. Teníamos bien que ver con las cartas que me habían tocado. Había obtenido una buena baraja. Mientras que a Isabella le habían tocado una mala baraja además de trucada.

Ahora lo sabía bien. Todo dependía de quien era tu crupier en la mesa del casino de la vida.

Estaba apunto despedirme cuando mi hijo me tiro del cabello para que girara la cara. Estaba claro que no quería ir mientras su querida Isabella estuviera sacando las cosas para mudarse. Quería quedarse allí para sonreírla el tiempo que hiciera falta. Como si supiera que su corazón estaba roto y necesitaba que al quien la reconfortara. Siempre había oído que los niños tenían un don especial para identificar a las buenas personas. Así que, quién era yo para llevar la contraria un bebe. Me quedé allí observando a la mamá adoptiva de mi hijo en silencio. sonriendo. Para que supiera que estábamos allí, mi pequeño y yo para lo que necesitará.